

Autor: Abilio Ayuso

UNA SEÑORA MARÍA

Ilustrador: Alejandro Ortigosa Quevedo



Hay gente para quienes el amor de pareja es útil para la reproducción, puede que de paso algo de placer, y poco más. +14
Mientras que para otros es el verdadero alimento del espíritu.

María y Mario fueron la típica pareja de tiempos atrás, que medio en broma o en serio se hacen novios en el colegio y continúan juntos toda la vida.

A medida que crecían, su relación se hizo más intensa y cuando tenían ocasión exploraban los placeres mutuos que sus cuerpos les podían proporcionar, excepto el coito.

En este aspecto ella tenía claro que por principios, decencia, buenas costumbres y un cierto sentido religioso, aquello no podía ocurrir hasta que estuvieran casados.

Tel vez por ello, o porque en aquellos tiempos era lo normal, Mario dejó los estudios al acabar el bachillerato y se puso a trabajar por las mañanas en la fábrica propiedad de su padre, mientras por las tardes realizaba algún curso especializado.

No le fue necesario utilizar su posición como hijo del jefe para escalar puestos, ya desde pequeño había estado siempre fisgoneando, preguntando y hasta en ocasiones realizando alguna pequeña práctica en casi todos los departamentos.

Los estudios le aburrían soberanamente, en principio por la disciplina: Entrar en fila, no hablar en clase Etc. Y porque descontando: Gramática, redacción, algo de matemáticas y física, el resto le parecían pérdidas de tiempo, ¿De qué sirve saber la lista de los Reyes Godos, o las declinaciones en latín?, además había que pagar por realizarlos.

Sin embargo, en la fábrica se construían cosas útiles, todo tenía su lógica, la gente se movía por donde creían conveniente, hablaban entre ellos, incluso gastando alguna broma y encima se ganaba dinero.

Por eso se integró perfectamente, aprendió todo lo que le faltaba por aprender y cuando su padre falleció a una edad relativamente temprana, no sólo fue capaz de asumir su cargo, sino realizar mejoras e innovaciones que el hombre por prudencia o costumbre no había acometido jamás, de aquella forma consiguió que el negocio prosperara de forma notable.

En paralelo se casó con María, no habían cumplido los veinticuatro años cuando tuvieron el primer hijo, y un año después el segundo, ambos varones. En ese momento decidieron parar, no fuera que por buscar la nena acabaran teniendo el equipo de baloncesto.

A partir de entonces las relaciones sentimentales tendieron a desaparecer con una u otra excusa: En principio porque el más pequeño duerme todavía con nosotros, luego porque: ¿Y si entra uno de los niños y nos ve?, y no vamos a poner un cerrojo en nuestra puerta porque si uno de los dos se pone malito y viene a pedir ayuda, igual no le oímos con la puerta cerrada.

Otro hándicap fue: “Es que no estoy tomando pastillas, ¿Total para qué?”, y el condón... “Huy no, que asco”.

En los escasos momentos en que los astros se alineaban, los niños estaban con los abuelos, no había nadie en la habitación de invitados que los pudiera oír y acabara justo de pasar la menstruación, María hacía el amor con él pero a regañadientes y demostrando tanta pasión como un saco de patatas, lo cual dejaba a Mario absolutamente frustrado, era como masturbarse con un cuerpo.

También se redujeron hasta desaparecer las caricias y besos apasionados, cortados de raíz con la frase: “Déjalo, que luego te pones calentito y no puede ser”.

Si descontamos el asunto amoroso, él no podía quejarse por desatención, lo cuidaba, le preparaba las comidas más apetitosas posibles sin dejar de ser saludables, ante el menor signo de malestar o dolor le prestaba toda clase de atenciones, le tenía siempre su ropa preparada, Etc. Era una madraza, hermana y enfermera, todo a la vez.

En un principio a Mario le compensaron sus hijos, le encantaba ir con ellos a esquiar, bucear, de excursión, al cine o mil cosas más, actividades que por supuesto su mujer se negaba a compartir.

Pero no hay dicha que cien años dure, ya en la preadolescencia comenzó a darse cuenta de que preferían realizar esas actividades con sus amigos. Pocos años después era impensable que le acompañaran a ningún sitio y a Mario no le apetecía ir sólo.

Para su mujer el mundo comenzaba y acababa en la casa, cuando no estaba en la cocina realizando un guiso muy elaborado, cuidaba del jardín, planchaba o atendía a la familia.

La familia de María era otro asunto que desesperaba a Mario, él era hijo único, sus padres habían fallecido a edad temprana, los tíos y primos vivían en otra provincia y se veían de tarde en tarde, mientras que ella tenía siete hermanos y una cantidad de tíos y primos capaz de formar un regimiento.

Todos esos parientes eran más o menos de clase trabajadora humilde, vivían en pisos pequeños y para ellos la casa de Mario era lugar de reunión, bar de copas y restaurante gratuitos, y hasta parque temático, María era feliz rodeada de una docena de familiares, mientras que a Mario le molestaba tener la casa tomada al asalto día sí, día también.

Si había partido de fútbol, el enorme televisor de la sala estaba requisado, si era verano los críos no daban ni un momento de paz en la piscina, las comidas eran multitudinarias y no siempre a gusto de nuestro pobre hombre. Hasta en ocasiones, cuando quería echarse una siesta se daba cuenta de que habían acostado en su cama a los más pequeñines.

Todo esto hubiera hecho enfurecer al más pintado, pero Mario aguantaba por ser muy buena persona y por el amor de María, pero todo tiene sus límites y los suyos se sobrepasaron el día que por un tema fiscal decidió revisar las cuentas bancarias.

Mario siempre decía que ya tenía suficiente con llevar la fábrica, por tanto, la economía familiar corría a cargo de María, él se limitaba a traspasar cada mes una respetable cifra de euros desde la empresa a la cuenta personal y nada más.

Daba por hecho que ella estaría haciendo unos buenos ahorros por si venían malos tiempos, pero cual fue su sorpresa al comprobar que las cuentas bancarias eran un coladero, tanto como entraba... Salía.

Analizando más en profundidad y teniendo en cuenta que todas las compras se efectuaban mediante tarjeta de crédito, lo cual era lógico porque a María le aterrorizaban los rateros... La pregunta era: ¿A dónde iban a parar todas esas importantes disposiciones en efectivo que constaban en el extracto?.

Aquella noche, cuando por fin se quedaron solos, Mario le mostró las cuentas bancarias con las cifras sin justificar circuladas en rojo y le dijo: “He descubierto esto y estoy muy preocupado, ¿Te está haciendo chantaje alguien o consumes droga?, ¿Que está sucediendo?”.

Ella contestó muy seria: “¿Como puedes pensar esas barbaridades?, no sucede nada malo sino todo lo contrario, te lo explico: Mi hermano Luis agotó el paro y le estoy dando una ayudita, Luego está Mercedes que me pidió para poder dar la fianza del piso, también cuando Elena tuvo el niño, no tenía para comprar el cochecito, la cuna, la trona, la sillita...”.

“Pues para cambiarse el coche sí que tuvieron dinero”.

“No seas así, el otro estaba muy viejo y lo compraron a plazos, ellos lo necesitan para ir a trabajar”.

“No sabía que hubieran suprimido los autobuses en su barrio”.

“Claro que hay autobuses, pero tardan mucho, luego está la compra, ir un día a la playa”.

“Pues por lo que he visto en el extracto debes ir repartiendo los billetes con pala”.

“Son cosas puntuales, como el vestido de novia de Matilde, ella no se lo podía comprar”.

“Lo recuerdo, parecía una princesa, ¿Y no podía haber escogido algo mono, pero más sencillito?”.

“Pero ese es el que le hacía ilusión, y sólo te casas una vez en la vida”.

“En su caso no estoy tan seguro, ¿Y todas esas entregas, son préstamos, o a fondo perdido?”.

“Son ayudas, pobrecillos, ¿Como quieres que nos lo devuelvan con un sueldo de mil y pico cada uno?”.

“Ya veo, son gente pobre, con gustos de ricos que financiamos nosotros”.

“No te enfades, todo ha sido para cosas buenas, y nos están muy agradecidos”.

“Si, y nos lo agradecen invadiendo mi casa a diario”.

“Vienen porque nos quieren mucho y esta es la única casa grande, no se puede reunir la familia en un piso de cincuenta metros cuadrados”.

En aquel momento Mario tomó una determinación que cambiaría su vida, no quería divorciarse de María, porque no era mala mujer y a pesar de todo la quería, además recordaba lo que en su día le dijo su padre: “Un hombre de verdad es aquel que, tanto en el matrimonio, como en la vida, a lo hecho... Pecho”.

Tampoco podía ponerse en plan dictador y decir que aquí no viene ni Cristo ni se da un céntimo a nadie, se convertiría en el monstruo repulsivo y odiado, tanto para su mujer como para el resto, lo que estaba clarísimo es que no podía seguir así, por tanto, decidió adoptar el camino del medio explicando una historia que se inventaba a medida que hablaba: “¿Sabes por qué estaba revisando las cuentas?”.

“Pues... no, ¿Por curiosidad?”.

“Nada de eso, quería asegurarme de que teníamos un colchón para los tiempos que van a venir, y me he quedado horrorizado al ver que no es así”.

“¿Qué quieres decir con ‘los tiempos que van a venir’?”.

“El negocio ya no funciona como antes, no he querido decirte nada para que no te preocuparas, la competencia es terrible, los chinos hacen productos a precios tirados y cada vez cuesta más sacar un euro de beneficio, seguramente tendré que prescindir de un comercial y multiplicarme yo por dos”.

“Pobrecillo mío, y yo sin saber nada, si hace falta iré yo a trabajar, tal vez no en la fábrica, pero puedo hacer de secretaria”.

“Cariño, zapatero a tus zapatos, la secretaria lleva veinte años con nosotros y sabe del negocio casi más que yo. Entre las novatadas que sin querer harías y que despedirla costaría una fortuna... Sería el empujón que nos haría falta para caer. Tu sitio está aquí procurando economizar y como decía mi madre: ‘De cuatro pesetas hacer un duro’, y el mío salir a luchar para que no nos falte de comer. Eso sí, las economías en forma ordenada, a los chicos que no les falte nada, que para eso son nuestros hijos, y los demás... Cada uno que se espabile”.

Al día siguiente, sólo llegar al despacho Mario se reunió con la contable, la secretaria y la telefonista. Eran empleadas fieles que le apreciaban y llevaban muchos años en la empresa, no se anduvo con subterfugios y les habló con toda claridad: “Ayer sin proponérmelo descubrí que mi mujer va regalando el dinero con pala a su familia. Donde yo pensaba que habría unos buenos ahorros sólo hay telarañas, como no quiero divorciarme he de tomar otras medidas. En primer lugar, las transferencias mensuales que haces a mi cuenta las reduces a la mitad, la otra mitad la ingresas en otra cuenta que abriré sólo a mi nombre en otro banco y de momento con domicilio aquí mismo, será la única forma de tener el retén que ahora nos falta”.

“Vale Mario, ¿Pero no sospechará?, porque por el contrario vamos viento en popa y de cara a una expansión”.

“Para ella será lo que le he explicado, más trabajo para menos ingresos, y ahí entráis las tres, si llama por teléfono es normal que comente algo, os conoce desde hace un porrón de años, pues bien, sin dar datos precisos pesimismo a tope: ‘Si, las cosas están muy mal, ahora hay que trabajar el doble para conseguir la mitad’, Etc.”.

“Vale, lo haremos, pero me sabrá mal enredarla como a una china con lo buenaza que es”.

“El problema es que sea tan buenaza con quien no debe, llevo años sin quejarme de que mi casa esté tomada al asalto por unos familiares gorriones que vienen a comer y beber lo que en su casa no quieren gastarse en comprar, estoy harto de que mi hogar sea restaurante, cafetería, hotel, merendero y hasta discoteca familiar, hasta ahora no he dicho nada, pero que vaya manteniendo a la sopa boba un montón de caraduras ya es la gota que ha colmado el vaso”.

El siguiente paso fue encontrar un refugio donde conseguir la paz y el descanso que en su casa no hallaba, un sitio donde poder leer un libro en silencio, dormir una siesta, tomar el sol sin niños gritando alrededor, fumar un habano sin que nadie diga que molesta el humo, ver un documental sin que le pidan cambiar al canal del partido de fútbol.

Hacía tiempo que buscaba un almacén para el producto fabricado y reserva de materiales, la idea sobrevino cuando contempló el incendio de otra fábrica del polígono industrial, lo perdieron todo, aún a pesar del seguro no consiguieron rehacerse, en el año que estuvieron inactivos se quedaron sin cuota de mercado, y cuando intentaron volver los clientes ya tenían otros recursos.

Uno de los almacenes que visitó le pareció genial, tenía cinco plantas, las cuatro primeras servidas por un enorme montacargas y una curiosidad que le encantó, en el quinto piso existía lo que en su día fueron unas oficinas con acceso propio desde la calle trasera mediante un pequeño ascensor y unas escaleras que subían directamente a la quinta planta.

Es decir que oficinistas y obreros entraban y salían por calles diferentes sin siquiera llegar a verse. Además, así como las primeras cuatro plantas tenían unos alargados ventanucos a dos metros de altura que proporcionaban luz pero no visión exterior, la quinta poseía unos enormes ventanales, casi de techo a suelo y de pared a pared con una maravillosa vista al parque natural que se extendía más abajo, lo que significaba muy pocas posibilidades de ser visto, por el lado contrario se abría a una espléndida terraza que ocupaba casi media planta, por otro lado, las naves contiguas eran de apenas tres plantas y con el típico tejado, lo cual le daba una privacidad total.

No lo pensó ni dos veces, después del correspondiente regateo, hizo que su empresa lo comprara mediante un leasing, las cuatro primeras plantas serían el almacén que la factoría precisaba y la quinta el refugio que anhelaba.

Antes que nada, comenzó por acondicionar ese quinto piso con un aislamiento perfecto de suelo, techo, paredes y cristales exteriores unidireccionales que permitían ver el exterior sin ser visto, después remodeló y agrandó el cuarto de baño, añadió otro auxiliar y puso una cocina de ensueño, a partir de ahí comenzó a pensar como lo decoraría.

Fue en una de esas visitas, provisto de cinta métrica, rotulador, libreta y cámara de fotos cuando se llevó la sorpresa de su vida. Todavía no había sustituido las antiguas puertas que se podían abrir de cualquier manera porque aún no había nada importante que robar, pero al entrar le pareció que se abrían con más facilidad de lo acostumbrado.

Las alarmas se le dispararon cuando al salir del ascensor notó olor a comida barata, tomó una barra de hierro del suelo y siguió la exploración. Efectivamente, en la cocina había una cacerola roñosa que aún humeaba y más adelante una especie de jergón y cuatro mantas raídas.

Continuó hasta el último rincón y allí le esperaba la sorpresa: Un bulto tembloroso formado por varias capas de vestido que habían visto mejores tiempos y una melena enmarañada mezclada con unos brazos que intentaban ocultar la cara con la premisa de: Si yo no te veo, tú tampoco me ves.

Mario se relajó porque aquel manojo de carne y ropa sucia parecía cualquier cosa menos un peligro, y en un tono entre enfadado y divertido preguntó: “¿Se puede saber qué coño haces aquí?”.

De aquella maraña surgió un rostro sucio pero angelical, con unos ojazos que le miraban aterrados y una voz temblorosa que dijo: “No pegarme, por favor, no pegarme, yo aquí no hacer nada malo, sólo refugio”.

“¿Pero porque te iba a pegar?, yo nunca he pegado a una mujer”.

Los ojos se animaron al oírlo y la vocecilla continuó: “Pero tampoco hacer cosas feas a mí, por favor”.

“¿Que quieres decir con cosas feas?”.

“Quitar ropa y chucu, chucu, por favor no hacer eso a mí”.

En ese momento Mario sintió una oleada de compasión por aquella chiquilla temblorosa e indefensa, se sentó en el suelo frente suyo, cogió sus manos y le dijo: “Estate tranquila, nunca he hecho nada feo ni malo a nadie y no voy a empezar hoy, ahora explícame quién eres y que haces aquí, de esa forma veremos si puedo ayudarte”.

“Yo Svetlana, de Rumanía, mafia matar padres y hermano, yo escapar sin nada, no poder pedir ayuda ni nada, si mafia saber dónde estar... Matar a mí”.

“¿Y no has ido a la policía?”.

“En policía alguno hay vende cosas mafia, ellos avisan y mafia mata”.

“¿Y por qué os quieren matar, cosas de drogas?”.

“No, mi familia muy buena, mi hermano no querer casarse con hija jefe de mafia, él matar hermano, padres, y buscar a mí, pero si cogerme, primero hacer cosas muy malas, luego matar”.

“Vale, ¿Y qué piensas hacer?”.

“Necesitar pasar mucho tiempo, olvidarse de mí, por favor tú no necesitar esto, no vivir aquí, no echarme a la calle, dejar quedar, yo no hacer nada malo, cuidar todo, limpiar, en calle hay gente mala que ve yo sola y querer hacer cosas malas”.

“Me has dado una idea, no te voy a echar, tu cuidarás de este sitio y limpiarás, te traeré ropa, una cama, comida... Por cierto: ¿Que estás cocinando que huele a rayos?”.

“Yo coger comida de basura”.

“Vale, pues aguanta un poco, lo tiramos todo y te traeré comida buena, no necesitas salir para nada, pero te doy una copia de las llaves de arriba y de abajo, no quiero que vuelvas a forzar la puerta”.

Mario fue al supermercado más cercano y compró un poco de todo, un colchón hinchable, sábanas, mantas, toallas, ropa interior, zapatillas y ropa deportivas, pijamas, productos de limpieza y aseo y sobre todo comida.

Al regresar andaba pensando: “Menudo chasco si ahora se ha marchado, a ver qué hago con todo esto”, pero no fue así, ella misma le abrió la puerta sonriente cuando oyó llegar el ascensor.

Como hombre acostumbrado a organizar y mandar le dijo: “Ante todo orden, mientras yo preparo una buena comida tú te ducharás a fondo y pondrás toda tu ropa en esta bolsa, la meteré en la lavadora y veremos si se puede aprovechar algo”.

Cuando escuchó el ruido del agua dijo: “Vale, si está toda la ropa sucia aquí me la llevo para lavarla”.

“¡Huy, no venir!, baño no haber puerta y ducha es cristal, yo desnuda, tu ver a mí”.

“Claro, este hecho así porque cuando una chica guapa se ducha, entro corriendo y chucu, chucu”.

La voz sonaba un poco insegura cuando respondió: “Yo no creer, tu chiste ¿Verdad?”.

“Pues claro que chiste Svetlana, si queremos que las cosas funcionen tendremos que confiar el uno en el otro, yo no pensar que quieres robarme y tú no pensar que quiero hacerte cosas feas”.

Comieron en una mesita plegable y dos taburetes, se notaba que ella tenía verdadera hambre, aunque trataba de comportarse educadamente. Al acabar hincharon el comfortable colchón y Mario le dijo: “Supongo que hace mucho que no duermes en una cama cómoda, puedes echarte una buena siesta, yo iré a comprar más cosas, ponte en pie que te mido”.

Cuando regresó ella dormía como un ángel y no le oyó entrar, un ligero sobresalto cuando la llamó por su nombre y luego una sonrisa.

Mario siempre deseó haber tenido una hija y pensó que le hubiera gustado una muñeca así, dulce y bonita y no los zangarruzos de sus hijos que no eran nada cariñosos y sólo pensaban en hacer el bestia.

En este segundo viaje Mario se había lucido comprando tejanos, chaqueta y hasta un vestido, también le dio un teléfono móvil, un diccionario rumano/castellano y un ordenador portátil más DVDS con clases de idioma. Ella parecía un niño el día de reyes.

“Escucha, nunca hagas llamadas a familia ni amigos, solo usa por si necesitas algo de mí, te he grabado mi teléfono y tú aparecerás como almacén2, nunca llamadas ni mensaje de voz sólo escribir y nunca poner soy Svetlana, eres almacén2”.

“Como tú mandar”.

“Pues sigo mandando, nunca salgas a la calle, ni para tirar la basura, en esta terraza tan grande puedes tomar el sol y hacer ejercicio, si vienen operarios a instalar algo tú no vives aquí, eres la señora de la limpieza”.

A partir de aquel momento la vida de Mario experimentó un giro de ciento ochenta grados, dio su casa como territorio perdido y se centró en su nuevo refugio, primero poner puertas acorazadas y una botonera en el ascensor para que sólo funcionara mediante un código o con un interruptor que se accionaba desde el piso.

En las largas escaleras de cinco pisos mandó instalar un par de puertas intermedias al nivel de la segunda y cuarta planta, si alguien quería robar tendría trabajo extra.

En un rincón de la planta cuarta del almacén instaló, fijada a la pared, una escalera de mano que aparentemente servía para revisar unos cuadros eléctricos, pero su función principal era acceder a una trampilla perfectamente disimulada y blindada que sólo se podía abrir desde el quinto piso.

Seguidamente acabó de compartimentar su refugio, una habitación para Svetlana, otra para él, un despacho, un cuarto con armarios más lavadora y secadora, un pequeño pero eficiente gimnasio, una maravillosa sala de estar-comedor con chimenea, aire acondicionado en todas las habitaciones y calefacción con radiadores a gas natural lo dejaron convertido en un palacio.

La terraza tampoco se salvó de la remodelación, madera de teca, césped artificial, rejilla de madera con enredadera en los puntos donde había una mínima posibilidad de ser visto, toldos para el verano, enormes maceteros y jardineras para árboles y plantas, barbacoa con encimera, jacuzzi y mobiliario exterior completaron el cuadro.

Poco a poco fue retirando de su casa aquellos detalles más preciados y los libros con la excusa de que la familia, sobre todo los críos habían roto alguno, se llevó un reloj antiguo para reparar, que nunca volvió, y su mujer se puso muy contenta cuando dijo que ya no fumaría y regalaría su colección de pipas.

A ella no le gustaban las antigüedades que él coleccionaba y le pareció fabuloso cuando le dijo que las vendería para ayudar en los gastos de la casa, en realidad todo aquello fue a parar al refugio.

También desaparecieron de la bodega los vinos y licores más exquisitos, sustituidos por otros muy normales.

Cuando todo estuvo listo hizo que instalaran el almacén en las cuatro plantas inferiores, aunque las entradas eran por calles diferentes no quería que por alguna casualidad algún empleado de su empresa se apercibiera del movimiento, en la quinta planta, si alguien se le ocurrió preguntar qué había en el piso superior dijo que lo había alquilado como despacho sin más explicaciones.

El almacén estaba dotado de cámaras de vigilancia cuyas pantallas estaban situadas en el despacho de la cuarta planta, lo que nadie sabía es que mediante un fino cable empotrado también las podía controlar desde el televisor de su refugio, e incluso filmar si le apetecía.

Mientras todo esto sucedía, Mario estaba muy satisfecho de ver que Svetlana no perdía el tiempo, además de tener la casa limpia como un pincel y cocinar a su gusto, utilizaba el gimnasio para hacer ejercicio y en pocos meses había experimentado un tremendo avance en el dominio del castellano, aún metía la pata algunas veces, pero ya no utilizaba el infinitivo en los verbos.

Cuando dio todo por concluido hicieron una comida de celebración, ella lucía radiante con el vestido nuevo que le había comprado, después cuando charlaban en el sofá frente a la chimenea él preguntó: “Bueno... ¿Qué te parece?, ¿Está todo a tu gusto?”.

“Si, muy bonito todo, pero faltan dos detallitos”.

“¿Ah sí?, ¿Se puede saber que más quiere la nena?”.

“Un pestillo en el baño y otro en mi habitación”.

Mario dejó de sonreír y le contestó: “Recuerda lo que te dije el día que llegaste, nuestra relación se ha de basar en la confianza mutua, si no es así vamos mal, en esta cajita siempre te he dejado dinero y una tarjeta de crédito para que puedas comprar lo que quieras por Internet, yo no controlo lo que gastas, pero... ¿Y tú?, en este piso sólo entro yo, ¿A estas alturas aún tienes miedo de que entre en tu habitación cuando duermes y te haga chucu, chucu?”.

“No te rías de mí, ahora ya sé que se dice follar, pero tienes razón, si he de andar con precauciones contigo, ¿Qué demonios hago aquí?”.

“Pues por esa desconfianza pagarás un justo castigo, luego tomaremos un jacuzzi en la terraza”.

“Vale, así estrenaré mi bikini nuevo”.

“No cariño, el jacuzzi se toma en pelotitas, además así te convencerás de que no voy a intentar follarte, ni allí ni en otro sitio”.

“Huy que vergüenza, está bien, pero primero voy yo con la bata y me meto dentro, luego vienes tú”.

Svetlana le demostró su habilidad dándole un masaje perfecto en hombros y cuello, luego Mario intentó corresponder lo mejor que pudo, finalmente ella se quedó con la espalda apoyada en su pecho.

El atardecer, el baño de burbujas, la música suave y el champagne complementaban un ambiente perfecto que se prestaba a las confidencias, fue ella la que comenzó preguntando: “Si yo fuera tu hija, ¿También estaríamos los dos así aquí en esta bañera?”.

“Quien sabe, nunca he tenido una hija, pero posiblemente si, y hasta te daría masaje en las tetas”.

“Huy no, hombros y espalda sí, pero tetas no”.

“Lástima, es uno de los masajes más interesantes”.

“Si, sobre todo para ti, pero dime, aunque me tienes a mí casi como adoptada, ¿Echas mucho en falta una mujer que te de amor?”.

“Pues te voy a ser muy sincero, no es el follar lo que más añoro sino el cariño, ya hace tiempo que cuando voy caliente paso por unas masajistas tailandesas y me hacen un final feliz perfecto, lo que de verdad echo de menos es un beso de esos largos y románticos en los que las bocas se funden y las manos acarician la nuca y la espalda”.

Ella se volvió y le miró a los ojos con una expresión compasiva: “Ya entiendo, tú eres muy romántico y tu mujer lo es tanto como un cacto”.

“Has acertado de lleno”.

“Muchas veces pienso que estoy acumulando una deuda muy grande contigo, tú me das todo y yo me limito a limpiar la casa, que no es gran cosa porque también es mi casa, y hacer comida de la que también como yo, creo que va siendo hora de que, de una u otra forma intente aligerar esa deuda”.

Tal cual acababa de hablar acercó sus labios entreabiertos a los de Mario que no se atrevió a rechazar aquel regalo, sus bocas se fundieron durante un tiempo infinito, al acabar ella dijo: “Eres malo, me has tocado una teta”.

“No te he tocado, te he acariciado dulcemente, es el complemento a un beso bonito”.

“Vale como excusa, pero te seré sincera, te daré los besos que no te dan ni tu mujer ni las masajistas tailandesas, no lo hago forzada porque, aunque eres mayor me caes muy bien y te aprecio muchísimo, me siento como una hija ultra-cariñosa, pero no quiero ir más allá, porque eso sí que sería forzado”.

“Yo no te he pedido nada, ni nunca te lo pediré”.

“Perfecto, pues ahora salgamos antes de que nos quedemos arrugados, sé un caballero y ayúdame a secarme, y ya que estamos en plan de confianza me pones crema hidratante en la espalda, como si fuera tu bebé”.

La conversación continuó cuando ella estaba estirada en la cama sobre una enorme toalla y él le aplicaba la crema, al llegar a las nalgas tuvo un momento de vacilación hasta que ella dijo: “Si, ahí también, no te cortes”.

Posteriormente Svetlana se volvió boca arriba y le dijo: “Hala, ya que has empezado continua”.

El pobre Mario se quedó un poco cortado cuando ella le dijo: “Vale, ahora te toca a ti, quítate esa bata y te estiras”.

Lo peor fue cuando le hizo volver boca arriba y el no pudo contener una hermosa erección completa, al verla ella comentó: “Pobrecillo mío, entre unas cosas y otras te he puesto cachondo y ahora tendrás que pasar por las tailandesas, ¿Verdad?”.

“Pues sí, creo que no tendré otro remedio”.

“No, no quiero que pases, por lo menos hoy no, cierra los ojos y piensa que ha venido el hada madrina a visitarte”. Dicho lo cual comenzó por aplicarle la crema hidratante en pecho, vientre y muslos hasta acabar bañando su pene con una generosa ración y acariciarlo con una dulzura tal como si realmente fuera el hada madrina. Los chorros de esperma no tardaron en mezclarse con la crema.

Al acabar, mientras se duchaban juntos ella dijo en un tono compungido: “No quiero que pienses que soy una puta, me ha dado mucha pena ese vacío de cariño que te corroe el alma, y he pensado que, ya que no estoy haciendo nada positivo en la vida, sólo esconderme como una rata, por lo menos podía ayudarte a que seas menos desdichado, pero yo sólo quiero follar con un hombre del que esté enamorada y desee que sea el padre de mis hijos”.

“No pienso nada malo de ti, eres una chiquilla maravillosa, y ojalá te hubiera conocido treinta años antes”.

“Pues ya sabes aquello de: Si lloras por la luz del sol perdida, las lágrimas te impedirán ver la belleza de las estrellas”.

“Te aseguro que disfrutaré de esta estrellita que tengo conmigo, y hablando de eso: ¿Querrás dormir conmigo esta noche, o aún tienes miedo de que te haga chucu, chucu?”.

“Ya sé que no me harás nada que yo no quiera, te acompañaré esta noche y todas las que duermas aquí”.

A Mario le encantaba pasar largas veladas juntos, ver películas, aclararle aquello que no acababa de comprender, corregirla en sus estudios de castellano, dejar que ella le contara cosas de su país y explicarle las costumbres y particularidades de la tierra donde estaba viviendo ahora, hasta le enseñó como hacer una buena paella.

Paralelamente la vida en casa de Mario había dado un giro completo, María se había tomado muy en serio su papel de ama de casa responsable. Había dado a toda la familia la noticia de que el negocio funcionaba muy mal y que no podría dar un euro

a nadie, curiosamente el hermano al que daba una subvención mensual se espabiló y encontró trabajo.

También despidió al jardinero y la señora de la limpieza y cuando venían sus hermanos o sobrinos les decía que le dieran una ayudita con el jardín o si se precisaba alguna reparación o pintura, ya que su marido, el pobre necesitaba viajar mucho y hacer muchas horas para mantener el negocio a flote, ellas tampoco se salvaban cuando les decía: “Venga, antes de comer vamos a limpiar un poco todas juntas, porque esta casa para una sola mujer es muy grande, pero entre todas... En un momentito hemos acabado”.

En la cuestión de comidas hubo un cambio radical, el solomillo, las costillitas y las gambas fueron sustituidos por una buena olla de cocido con carne barata, patatas y garbanzos, y si alguien se queda con hambre se le hace una tortillita, el vino de garrafón, porque los que hay en la bodega son para que el pobre Mario pueda tomar algo decente, que el pobre se lo merece con lo que trabaja, y de licores... Ni soñarlo.

A llegar el verano tampoco se llenó la piscina, porque el agua cuesta un dineral.

Todas esas medidas hicieron que la familia poco a poco fuera desapareciendo por el foro, al igual que los leones se deslizan uno a uno por su túnel cuando se acaba la función del circo, en lugar de venir por docenas ahora ya se podían contar con los dedos de una mano.

Al cabo de unos meses fue ella la que le mostró a Mario la cuenta del banco y ¡Ho milagro!, a pesar de tener la mitad de los ingresos había unos buenos ahorros.

Fue uno de esos días de otoño en que Mario y Svetlana contemplaban la puesta de sol y hablaban de lo bonito que luciría el bosque en aquella época cuando él dijo: “Basta, no puedes seguir escondida toda la vida, regularizaremos tu situación con la embajada, tendrás un empleo, seguridad social y quiero que compres este apartamento para que tengas algo y no seas la pobre inmigrante desposeída, hay que plantarle cara a la vida”.

“¿Y si me matan?”.

“Tomaremos medidas para que ello no suceda, pero no puedes seguir enterrada en vida para no morir”.

Así lo hicieron, Mario sacó una importante cantidad en metálico de su caja B y ella lo ingresó en una cuenta bancaria declarándolo como dinero que traía de su país, el banco con el que la empresa de Mario realizaba la mayoría de los negocios ya procuró aplanar cualquier dificultad.

Lo siguiente: Un empleo, una nómina, una hipoteca y la compra a precio de saldo de la quinta planta que teóricamente era la bohardilla de un almacenucho.

No fue demasiado difícil, la empresa de un amigo la contrató con un buen sueldo, Mario le pasaba cada mes un sobre con dinero en efectivo por el importe del salario más la seguridad social.

El amigo tan contento porque lo declaraba como gasto y tenía efectivo libre de impuestos. La hipoteca tampoco fue un problema, porque Mario la avaló.

Al mismo tiempo, incrementaron las medidas de seguridad del ático, a pesar de que ya de por sí eran importantes.

Svetlana tenía razón al decir que dentro de la policía de su país había gente comprada, los fines de semana apenas había coches aparcados en el polígono industrial y los escasos que se hallaban podían encontrarse justo frente a la nave donde trabajaban, por tanto, aquel sábado cuando Mario llegó con el coche y vio un furgón negro con matrícula extranjera aparcado frente a la puerta del ático supo que algo no andaba bien.

Sin aflojar la marcha continuó adelante y dio la vuelta para aparcar el coche dentro del almacén por la calle trasera, luego telefoneó a Svetlana para que le abriera la trampa de comunicación con la cuarta planta, ella le recibió con una mirada inquisidora, a lo que él contestó: “Ya están aquí”.

“¿Llamamos a la policía?”.

“No serviría de gran cosa, no han cometido ningún delito todavía, ni siquiera son inmigrantes ilegales porque pertenecen a la comunidad económica europea, hemos de dejarles actuar, tranquila, estamos preparados”.

Después del anochecer no tardó mucho en activarse la alarma silenciosa indicando que la puerta exterior estaba siendo atacada, las microcámaras apenas visibles lo revelaron, eran tres individuos de dudosa catadura más un cuarto que esperaba delante al volante del furgón.

La puerta exterior se había modificado para que no fuera difícil abrirla, cuando lo consiguieron y penetraron volvió a quedar en su sitio gracias a unos muelles, como si no hubiera sido violentada, al ver que no conseguían hacer funcionar el ascensor, subieron por la escalera dejando atrás la puerta del segundo piso que estaba completamente abierta.

Llegaron hasta la del cuarto totalmente acorazada y con sólidas cerraduras, comenzaron por atacarla con las herramientas que llevaban preparadas, pero el ruido que hacían les impidió escuchar que la puerta del segundo piso se cerraba de forma automática dejándoles atrapados entre dos tramos de escalera.

Acto seguido, de forma silenciosa comenzó a salir por unas aberturas disimuladas monóxido de carbono, un gas tóxico invisible, insípido e inodoro que no tardó en llenar aquel espacio herméticamente cerrado.

Cuando quisieron darse cuenta de lo que sucedía, corrieron hacia abajo, craso error, porque ese gas es más denso que el aire, allí quedaron en el suelo frente a la puerta cerrada del segundo piso sin fuerzas ni para efectuar una llamada de móvil, que tampoco les hubiera servido de nada porque allí dentro no había cobertura.

Murieron en escasos minutos, pero Mario prefirió dejarlos un par de horas antes de renovar el aire del tramo de la escalera.

Una llamada anónima advirtió a la policía que un terrorista cargado de armas y explosivos estaba en tal lugar a bordo de un furgón negro.

Cuando el mafioso vio llegar a los coches de policía intentó salir a la manera rumana, acelerando y embistiendo a uno de ellos, no tardó en ser detenido a balazos y al salir del vehículo disparando fue abatido sin misericordia.

Cuando renovaron el aire de aquel tramo y accedieron a los cadáveres Svetlana los reconoció rápidamente: “Mira quien tenemos aquí, el padre, el hijo y un esbirro que tenía fama de torturador sádico, supongo que su idea sería violarme salvajemente y luego dejarme para que el torturador me hiciera sufrir antes de matarme”.

“Pues ¿Sabes lo que te digo?, nunca había matado a nadie, ni pensaba que llegaría a realizarlo, pero visto lo visto no me arrepiento lo más mínimo”.

“Ni yo tampoco, por el contrario, pienso que hemos efectuado una buena obra”.

Mario tenía muy claro lo que debía hacer con los cadáveres, en el almacén existía un incinerador de residuos tóxicos con un filtro especial para evitar los olores, subieron los cuerpos al quinto piso y los hicieron descender al cuarto por la trampilla, fueron metiéndolos por turnos en el incinerador bien encogidos en posición fetal.

Los elementos metálicos que pudieran llevar, desde un anillo a una hebilla de cinturón fueron prensados, fundidos mediante soplete y arrojados a la chatarra, no existía peligro de visitas inesperadas ya que era fin de semana, aun así Mario atrancó las puertas del almacén para que nadie pudiera entrar aunque tuviera llave.

Como sólo habían comunicado al resto de la banda que estarían una semana fuera para realizar un ajuste de cuentas, la organización criminal únicamente supo que uno de los suyos había muerto abatido por la policía, aunque al ser cuatro kilómetros lejos de donde había estado aparcado no pudieron relacionarlo con la dirección de Svetlana.

Por otro lado, al desaparecer por completo su jefe y los segundos de a bordo, pensaron que era obra de un grupo rival, con lo cual los ánimos se tensaron en el ambiente delictivo del país.

Una vez descabezada la banda, las luchas internas por asumir el poder acabaron por debilitarla, lo cual fue aprovechado por bandas rivales para acabar con ellos antes de que intentaran vengarse por la desaparición de sus jefes.

Estando el sicario muerto no hubo posible confesión, con lo cual la policía no pudo saber cuál era el propósito de aquel individuo, únicamente averiguaron que pertenecía a un grupo de delincuentes, dieron por hecho que habría venido por algún tema de transporte de drogas y tal vez un rival le había denunciado.

Ahora Svetlana podía acompañar a Mario en sus viajes mitad negocios-placer, sin embargo, a pesar de que el peligro había pasado no tenía ganas de volver a Rumanía, aquel país le traía muy malos recuerdos.

Curiosamente, uno de los días que ella fue a firmar papeles en la empresa donde supuestamente trabajaba, el propietario le preguntó que idiomas tenía, y como andaba de informática, para acabarle pidiendo si le podría echar un cable porque la secretaria se había quedado inválida por un accidente, al cabo de un mes le dijo a Mario: “No me des el sobre, ahora está trabajando de verdad, es muy lista y eficiente”.

A Mario le había cambiado la vida por completo, por un lado, tenía la compañía y el cariño de Svetlana y por otro, la convivencia en su casa con su mujer era muy diferente, ahora venían pocos familiares de visita porque para tener una comida incluso más sencilla que la de su propia casa, sin piscina ni lujos y teniendo que ayudar en algunas labores, la mayoría pensaron que no valía la pena.

Eso decepcionó mucho a María que, a pesar de su candidez, se dio cuenta de que el pasado afecto familiar era principalmente por interés, y dado que sus dos hijos vivían su propia vida, se centraba principalmente en su marido en los escasos momentos que estaba en casa.

Incluso si sabía que aquel domingo Mario no trabajaría y alguien le anunciaba su visita respondía: “No, prefiero que no vengáis, porque estará mi marido que viene reventado de luchar por el negocio y quiero estar por él”.

Eso y una menopausia que la liberó de embarazos no deseados hizo que fuera más afectuosa con Mario, también ayudó alguna conversación en la que ella preguntó: “¿Qué más puedo hacer por ayudarte?”.

Y recibió una respuesta tajante: “Ser más cariñosa, besarme, no ser un simple saco de patatas cuando hacemos el amor”.

Eso la dejó muy dolida, se retiró llorando, pero tomó nota y su actitud fue cambiando en ese sentido.

Pero las cosas no estaban destinadas a quedar así, Mario recibió la llamada de su hijo mayor que le pregunto si podrían tener una larga conversación, le dijo que por supuesto y se citaron.

El muchacho, que hasta la fecha había ido de triunfador por la vida, le explicó su tropiezo, un cambio en el accionariado de su empresa hizo que su flamante puesto de directivo se esfumara.

Acostumbrado a un sueldazo, el paro no le daba ni para tabaco, tenía que dejar su ático dúplex porque no podía pagar el alquiler y al verle hundido su flamante novia pija le había plantado.

Por otro lado, no quería volver a vivir en casa de sus padres como un fracasado, se le veía compungido y sin saber que camino tomar.

Mario era un hombre acostumbrado a coordinar recursos y buscar soluciones, mientras escuchaba al chico se iba forjando una idea en su mente, al final le dijo: “Creo que tengo el remedio a todos tus males”.

“Qué maravilla, cuenta, cuenta”.

Mario abrió una carpeta de su móvil donde tenía algunas fotos de Svetlana que no le comprometían y le dijo: “¿Que tal te iría como novia?”.

“Wau, es divina, ¿De que la conoces?”.

“Es una inmigrante rumana que salió huyendo de su país por cuestiones políticas, quería un lugar discreto y seguro para vivir y me compró la quinta planta del almacén, lo ha convertido en una maravilla, yo la he ayudado en alguna ocasión con obras, tema de papeleo e impuestos, ahora trabaja en la empresa de un conocido y por lo que sé, no tiene novio”.

“Hostia, ¿Cuándo me la presentas?”.

“Tranquilito, primero tengo que hablarle del tema, pero te advierto una cosa, para mí es como el icono de la hija que siempre hubiera querido tener, si te portaras mal con ella te hostio y te desheredo, además me da la impresión de que en según qué cosas es un poco chapada a la antigua”.

“Tranquilo papá, yo ya no soy el tonto pijo de hace unos años y este último palo me ha hecho reflexionar, si ella me quiere la trataría como a una princesa, pero eso sólo resolvería uno de los problemas, quedan otros dos”.

“¿El de la vivienda?, si llegas a vivir con ella ya verás que no necesitas buscar piso y en cuanto al empleo... Para ti la fábrica siempre ha sido algo demasiado vulgar y has preferido estudiar abogacía y ser un bróker, como llamáis ahora a los malditos especuladores que no hacen más que enriquecerse encareciendo los productos, mientras que nosotros construimos cosas útiles para la gente, pero yo me estoy haciendo viejo y si en la empresa no hay un relevo tendré que acabar vendiéndola, ya

sabes lo que opino de ello, un depósito de agua se acaba gastando, por mucha capacidad que tenga, pero una fuente mana siempre”.

“¿Crees que me adaptaré a trabajar en la fábrica?”.

“Depende del interés que pongas, no pienses que vas a entrar como señorito que es el hijo del dueño, tendrás que aprender humildemente, desde lo más básico, igual que hice yo, al mismo tiempo recibir clases particulares aceleradas, ingeniería, empresariales, y veremos cuantas cosas más”.

“Tranquilo, no te defraudaré, ¿Cuándo me presentas a ese bombón?”.

“Cuando yo lo crea conveniente y si lo creo conveniente, después de hablar con ella, mientras tanto ni se te ocurriera acercarte por la zona”.

“No te preocupes, no soy ningún crio”.

Al día siguiente Mario le dijo a Svetlana que preparara una comida especial, luego mientras tomaban café ella le soltó de sopetón: “Te conozco y sé que vas a decirme algo importante, sólo espero que sea bueno”.

“¿En alguna ocasión he hecho algo malo para ti?”.

“No, pero siempre puede haber una primera vez”.

“Pues calla y escucha, so pava: ¿Si yo tuviera treinta años menos y fuera un poco más alto, con pelo y más guapo... Te querrías casar conmigo y que tuviéramos un hijo?”.

“Como la magia no existe, sé que tienes un as en la manga, desembucha”.

“Lo primero es que no puedo tenerte así, como amiga quita-tristezas para siempre, tú has de rehacer tu vida con un hombre joven, pero tampoco quiero perder tu amistad, tu compañía y presencia”.

“Pues me temo que habrás de escoger”.

“Que va, mira estas fotos que tengo en el móvil, ¿Qué te parece este chico?”.

“Un mozo guapo, ¿Y qué?”.

“Pues que es mi hijo, le he hablado de ti y se muere por conocerte, si acabáis juntos en lugar del hijo tuyo que nunca podría tener, me darías un nieto”.

“Ya, pero si él y yo comenzamos a salir...”.

“No hace falta ni que lo digas, antes siquiera de que os presente quedaría borrado todo rastro mío de este apartamento”.

“¿Y las antigüedades tuyas?, seguro que él las reconoce”.

“Las pasaré a un cuarto privado que tengo en el almacén y más adelante le diré a mi mujer que no tuvo valor para venderlas”.

“¿Y tú volverás a tu vida triste sin cariño?”.

“Bueno... Hay cosas de las que no me gusta hablar, pero desde que María recibió el chasco de su familia me trata de forma diferente”.

“¡Haaa cabrón!, ósea que follas con ella, pero sigues aceptando de buena gana mis finales felices”.

“Porque tengas una cosa buena no tienes por qué renunciar a otra”.

“Ya, ¿Y si te vuelve a pasar como antes?”.

“Pues las masajistas tailandesas estarán encantadas de volver a verme”.

“Pero ellas no te dan besos”.

“No, pero quien sabe, igual si se lo propongo y pago bien...”.

“Buff, no me gustaría que tuvieras que ir con mercenarias, aunque yo no sea tu amante al completo a mi manera te quiero”.

“No se puede tener todo en la vida, la felicidad de que mi hijo y tú forméis pareja y encima me deis un nieto me compensará cualquier penalidad”.

Mario los presentó un día por la mañana y se retiró, tomaron el vermut juntos, después comieron, charlaron en un pub, cenaron... Y él se llevó el chasco de que no le invitara a ir a su casa, por el contrario le dijo: “Mañana vienes a comer, trae un buen vino”.

Al muchacho el apartamento le dejó impresionado, pero recibió un jarro de agua fría cuando ella le dijo: “Pero no vivirás en él, ni pasarás una noche hasta que nos casemos, si es que nos llegamos a casar, y por la iglesia, así que de momento acomódate bien en casa de tus padres”.

A María, la muchacha le cayó más que bien, y el que fuera algo chapada a la antigua significaron puntos extras: “Que guapa, que simpática, y me ha ayudado en la cocina, eso es una chica como Dios manda”.

Mientras tanto Mario sonreía pensando: “Si supieras todo lo que hemos hecho no te parecería tan simpática”.

La boda fue fastuosa, eso sí, en una iglesia y restaurante bien alejado de casa, Mario les regaló un viaje de tres semanas a un lugar paradisíaco.

Al volver fue a recogerlos al aeropuerto y se quedaron impresionados al ver que al lado de la puerta peatonal de su apartamento se abría automáticamente otra de garaje donde el coche entraba directamente, Svetlana sólo acertó a decir: “¿Y esto...?”.

“Pues veréis, he pensado que la empresa no necesita tanto espacio, entonces aquí tenéis garaje para dos coches, trastero, despensa, un congelador de gran capacidad y un banco de trabajo con toda clase de herramientas para las chapuzas que sean necesarias, y otro detalle, una puerta de seguridad de la que sólo vosotros tendréis la llave, que comunica directamente con el almacén, más adelante ya formalizaremos la venta de este espacio”.

Cuando Mario estuvo a solas con su hijo y le preguntó que tal había ido el viaje, éste contestó: “Pues muy bien, pero resulta que ella era virgen”.

“¿Y qué pensabas, que todas tenían que ser unas pendonas como tus amiguitas?”.

“Ya, claro, pero eso hoy en día, a su edad, es tan raro, además otra cosa, hemos ido a lo loco, así que no te extrañe si eres abuelo antes de lo previsto”.

“Como no tengo previsto nada, nunca será antes de lo previsto, por lo menos por mi parte, pero tú ya puedes espabilarte, que un crío trae muchos gastos y ahora sólo tienes un sueldo correspondiente a tu trabajo, oficial de segunda, hasta que domines el negocio te queda un buen rato”.

Efectivamente ella se quedó embarazada a la primera, María se volvió loca de alegría y dejó bien claro que ahora tenía que cuidar a su nuera y lo que viniera, y no podía estar atendiendo demasiados compromisos familiares.

Lo que vino fueron gemelos, niño y niña, alegría completa.

Ocurrió un día en que Svetlana tenía que hacerse varias pruebas y análisis y su marido estaba representando a la empresa en un viaje de negocios, María se quedó encantada con los dos críos, que además adoraban a su abuela.

Mario telefoneó a Svetlana preguntándole por los resultados, ella contestó: “Supongo que bien, pero no lo sabré hasta la semana que viene, ¿Y tú qué tal?”.

“Pshe... Un poco cabreado, desde que María tiene a los críos sólo le falta escupirme a la cara, además los pone a dormir en nuestra cama, en medio de nosotros dos”.

“Eso sí que no me gusta, ven a comer y me lo cuentas todo”.

Durante la comida él se explayó sobre el tema: “Ya sabes que yo adoro a los nietecillos, pero a cada cual lo suyo, decoramos un cuarto para ellos con sus dos camitas, pues ahí está, sin estrenar”.

“Pues eso cambiará, le voy a explicar que no ha de malcriar a mis niños, y que sin Mario no habría hijos, ni nietos, ni casa, ni dinero ni nada y que como siga en este plan los va a ver sólo en foto, ¿Y tú cómo vas, has tenido que volver a las tailandesas?”.

“Aún no, pero me lo estoy planteando”.

“Ya sabes que no me gusta, luego tomamos un jacuzzi y te hago un final feliz”.

“¡No me jodas!”.

“No, eso ya sabes que no”.

FIN...

Amable lector/a: La falta del amor y cariño que una persona necesita por parte de su pareja, envenena lentamente el carácter y la convivencia.

Si eres egoísta en este aspecto y quieres limitar las relaciones únicamente a tus deseos, no te quejes de lo que pueda suceder, un espíritu melancólico es un verdadero imán para terceros en discordia.
